



ACERCA DE LO NATURAL EN EL HOMBRE: REFLEXIONES A PROPÓSITO DE LOS CONCEPTOS DE INSTINTO Y PULSIÓN EN EL PSICOANÁLISIS*

Mg. Juan José Martínez Torres**

Resumen

Los conceptos de pulsión e instinto son fundamentales para comprender las bases de lo que podría llamarse “naturaleza humana”. No obstante, al perseguir tales conceptos, la naturaleza misma del ser humano, se tambalea.

A lo largo del presente escrito, procura darse cuenta de la paradoja entre los conceptos de pulsión e instinto, pero al mismo tiempo, de la imposibilidad de prescindir de uno u otro para dar cuenta de aquello que pudiera constituirse como factor diferencial entre el ser humano y las demás especies.

Es pues, un recorrido por algunos de los conceptos planteados por Freud y Lacan, a propósito de las pulsiones y los instintos.

Palabras clave: Pulsión, instinto, sexualidad, naturaleza humana.

Quisiera empezar por saludar especialmente a mis estudiantes y a todos los asistentes al debate y al auditorio. Son ustedes, debatientes, colegas que admiro y respeto profundamente y aplaudo también, de antemano, este espacio que es, sin duda, condición de posibilidad de la academia.

Creo, en primer lugar, que el propósito de este debate no es inocuo y creo, además, que el concepto que aquí nos proponemos discutir, tiene unas serias implicaciones más allá de lo epistemológico, del lado de lo ético y de lo clínico. A saber, la naturaleza humana que a simple vista -y si se hace un juicio a priori- pareciera un contrasentido. Es precisamente de ese contrasentido aparente, que

** Magister en psicología y salud mental. Docente Fundación Universitaria Luis Amigó, Universidad de San Buenaventura Medellín.

a mi modo de ver, no es tal; del que pretendo valerme el día de hoy para llevar a cabo este ejercicio.

A propósito de tal condición, me viene a la cabeza el planteamiento de un autor que probablemente, en muchos de quienes me escuchan, provocará algún gesto risible de profundo desdén, como también, en mi caso, en otros momentos así lo ha causado. Hablo de un filósofo español a quien únicamente he concedido lucidez en un par de sus ampliamente difundidos textos: Fernando Savater. Este, en un capítulo llamado *artificiales por naturaleza*, de un libro llamado, *las preguntas de la vida*, nos dice que probablemente “Lo más natural en los hombres es no serlo nunca del todo” (Savater, 1999). Hay entonces, a mi parecer, en el planteamiento del autor español un asunto que se relaciona íntimamente con el tema que hoy debatimos: creo yo que esta cuestión implica considerar que al menos hay un atributo en la naturaleza humana, que como especie, nos separa de la naturaleza misma. Una suerte de *no todo* de la naturaleza que, en última instancia, nos separa de la condición natural absoluta y que nos permitiría señalar que nuestro atributo “natural”, ese que podría dar cuenta de alguna naturaleza humana, es un artificio. Más adelante señalaré de qué artificio hablo.

Echadas las cartas de esta manera, quiero enfatizar en el problema de la naturaleza. Creo que hay en el hombre una dimensión natural constitutiva, el cuerpo real, ese que nos precede y que de algún modo, tenemos que hacer pasar por lo simbólico y lo imaginario; pero que, al mismo tiempo, al hacerlo, algo de nuestra naturaleza se pierde por la aparición del artificio antes mencionado: a saber, el lenguaje y con él, la pulsión.

La pulsión pues, esa que constituye la piedra angular de la catedral freudiana, no es natural al ser humano, es un resto de la operación del lenguaje que intervendrá sobre el cuerpo real y que en consecuencia, algo de esa naturaleza inicial, quedará subrogado. Se subroga, con la puesta en marcha de la pulsión, a la operación del instinto como aquello que moviliza y empuja a los actos humanos. Sin embargo, sostener que no hay un instinto en el ser humano, a mi modo de entender, implica negar que hay un sustrato real que precede al lenguaje -y por ende, a la pulsión- y que es, en última instancia, el terreno sobre el que intervendrá el Otro. Dice Colette Soler, a propósito de Lacan: “es el cuerpo

del simbólico el que se incorpora en el cuerpo que el organismo sostiene” (Soler, 2006).

Hablar pues de instinto y de pulsión, implica un impasse epistemológico importante pues estos remiten, irreductiblemente, a cuestiones distintas. Por un lado, el instinto es definido por el diccionario de psicoanálisis de Roland Chemama como un “esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de uno a otro individuo, se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de perturbarse y que parece responder a una finalidad” (Chemama, 2004). Con esto, una información que parte del organismo, se transmite filogenéticamente y que tiene por finalidad, la supervivencia de la especie. Como tal pues, una suerte de saber congénito sobre la satisfacción de necesidades orgánicas, transmisible de generación en generación.

Pero la pulsión, en cambio, remite hacia una dirección diversa. Esta es definida por Freud en pulsiones y destinos de la pulsión de la siguiente manera: “la pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1915).

Ahora bien, tenemos hasta aquí una primera divergencia entre los conceptos en cuestión. A saber, el instinto por la vía de lo orgánico: un saber transmisible genéticamente; y la pulsión, en cambio, un artilugio, una representación. Sin embargo, a pesar de su naturaleza diversa, Freud en varios momentos de su obra se ocupa de relacionarlos. Veremos que esta trabazón con lo orgánico de la pulsión, será fundamental para plantearse el autor, lo que denominamos una naturaleza humana. Es esta cuestión, la que me permitirá señalar que si bien son las pulsiones y no los instintos, aquello puesto en juego en la motivación y movilización de la conducta humana, de ningún modo si fundamentamos nuestra reflexión en la lógica freudiana, podremos autorizarnos a negar también una cierta operación particular de los instintos en los hombres.

Otra vez, en pulsiones y destinos de la pulsión (Freud, 1915), Freud plantea cuatro elementos relacionados con la pulsión: el empuje, la fuente, el objeto y la meta; estos, nos permiten señalar que la pulsión no se limita en su definición al concepto de empuje y que en tanto que están vinculados esos cuatro componentes, hablamos de una representación y no de un mero empuje a la satisfacción de una necesidad que, por lo que hasta ahora he abordado, podríamos decir, es la lógica del instinto.

El instinto supone pues un saber congénito a propósito de la satisfacción de una necesidad proveniente del mundo externo, por ende, una satisfacción que se logra con un objeto único e inamovible. Pero para Freud (Freud, 1915), el *trieb*, la pulsión, proviene de un estímulo interno. Esto es, a mi modo de entender, una forma de subjetivación y por qué no, metaforización de la necesidad. Dice: “tenemos derecho a inferir que ellas, las pulsiones, y no los estímulos exteriores, son los genuinos motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso (cuya productividad es infinita) a su actual nivel de desarrollo. Desde luego, nada impide esta conjetura: las pulsiones mismas, al menos en parte, son decantaciones de la acción de estímulos exteriores que en el curso de la filogénesis influyeron sobre la sustancia viva, modificándola” (Freud, 1915).

No obstante, a pesar de la diferencia entre ambos conceptos, Freud los relaciona: “Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica” (Freud, 1920). Relación esta, que casi los equipara, al poner a la pulsión, al servicio también de la supervivencia.

Me parece que en esta dirección aparece algo que se presta al malentendido y Lacan, en el seminario 11, llama la atención sobre ello. Dice: “¿se refiere Freud a algo cuya instancia se ejerce en el organismo como totalidad? ¿Se trata de una irrupción de lo real en su estado de conjunto? ¿Está en este caso involucrado el ser viviente? No. (...) está concebido de forma tal que su soporte no es el organismo entero, sino el sistema nervioso” (Lacan, 1995).

Con la cita anterior de Lacan, me parece que no es tan simple determinar a qué naturaleza responden los asuntos humanos, no obstante, hay algo que al menos en apariencia, es claro: no obedecen a una cuestión puramente orgánica y por ende, tampoco puramente instintiva.

Volvamos sobre eso. Lacan, en el mismo seminario, se ocupa del concepto freudiano de pulsión, enfatizando en la separación de la pulsión del organismo.

En cierto modo, al dar con su objeto la pulsión se entera, precisamente, de que no es así como se satisface. Porque si se distingue, en el inicio de la dialéctica de la pulsión, el Not del Bedürfnis, la necesidad de la exigencia pulsional, es justamente porque ningún objeto de ningún Not, necesidad, puede satisfacer la pulsión.

Aunque la boca quede ahíta -esa boca que se abre en el registro de la pulsión- no se satisface con comida sino, como se dice, con el placer de la boca. (Lacan, 1995)

Y en esta medida podemos sostener, la pulsión, no se satisface a partir de ese objeto unitario y absoluto del que sabe el instinto; sino que, como lo dice Freud, “es lo más variable de la pulsión” (Freud, 1915)

En lo planteado hasta este punto, es posible establecer una diferencia significativa entre los conceptos de pulsión e instinto, que se suelen confundir por efecto de la traducción del alemán, pero que, reitero, no remiten a la misma cuestión. No obstante, no nos permite zanjar el debate entre la naturaleza pulsional o la naturaleza instintiva del ser humano. Y, en esta dirección vale la pena señalar, que el instinto en el ser humano, a pesar de la subrogación que de él hará la pulsión, se manifiesta -como saber transmitido filogenéticamente, evidentemente- de la mano del reflejo.

Supongo que la pregunta que habría de orientar mejor el presente debate, sería en función de las implicaciones de la operación del instinto y la pulsión en el ser humano. Empero, más allá de los reflejos, hay ciertas vivencias en las cuales, plantea Freud que el instinto hace presencia también del lado de la operación psíquica y precisamente, en *el hombre de los lobos*, se pregunta por la operación del instinto y considera lo siguiente:

Si uno considera la conducta del niño de cuatro años frente a la escena primordial reactivada; más aún, si uno piensa en las reacciones mucho más simples del niño de 1 1/2 año, al vivenciar esta escena, apenas podrá apartar de sí la concepción de que en el niño coopera una suerte de saber difícil de determinar, algo como una preparación para entender. En qué pueda consistir esto, he ahí algo que se sustrae de toda representación; sólo disponemos de una marcada analogía con el vasto saber instintivo de los animales.

Si también en el ser humano existiera un patrimonio instintivo de esa índole, no sería asombroso que recayera muy especialmente sobre los procesos de la vida sexual, si bien no podría estar limitado a ella. Eso instintivo sería el núcleo de lo inconsciente, una actividad mental primitiva que luego la razón de la humanidad -a esta razón es preciso adquirirla- destrona, superponiéndosele, pero que con harta frecuencia, quizás en todas las personas, conserva la fuerza suficiente para atraer hacia sí los procesos anímicos superiores. La represión sería el regreso a ese estadio instintivo, y el ser humano pagaría entonces con su capacidad para la neurosis esa su grande y nueva adquisición, y con la posibilidad de las neurosis atestiguaría la existencia de aquel estadio previo, regido por el instinto. Y así el significado de los traumas de la temprana infancia residiría en aportar a eso inconsciente un material que lo protege de ser consumido por el desarrollo subsiguiente.

Sé que diversos autores han formulado parecidas ideas que destacan el factor hereditario, filogenéticamente adquirido, en la vida anímica; y aun considero que se era demasiado proclive a otorgarles un lugar dentro de la apreciación psicoanalítica. Sólo me parecen admisibles cuando el psicoanálisis, obedeciendo al correcto itinerario de instancias, cae sobre la pista de lo heredado tras irrumpir por el estrato de lo adquirido individualmente (Freud, 1918).

Para concluir esta breve presentación, considero que es pertinente volver al punto de origen. Claramente, hablar de instinto y de pulsión, implica remitirse a dos cuestiones y dos operaciones distintas. Pero, en tanto la pulsión mantiene siempre su definición de borde entre el organismo y eso otro que podemos denominar, la operación del lenguaje, podemos decir que la pulsión no es sin el cuerpo y más aún, no es sin el instinto y que por ende, la relación siempre presente entre ambos, es de acaso, una simbiosis parasitaria.

Bibliografía

- Chemama, R. y. (2004). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). *Obras completas. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico y otras obras. Trabajos sobre metapsicología. Pulsiones y destinos de la pulsión* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1918). *Obras completas. De la historia de una neurosis infantil y otras obras*. (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920). *Obras completas. Más allá del principio del placer y otras obras. Más allá del principio del placer* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1995). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Savater, F. (1999). *Las preguntas de la vida*. Ariel.
- Soler, C. (2006). *Ensamblajes del cuerpo*. Medellín: Asociación foro del campo lacaniano de Medellín.